

LA ESPAÑA ORIENTAL

REVISTA DE CIENCIAS,

ADMINISTRACIÓN, ARTES, LETRAS É INTERESES PREFERENTES DE FILIPINAS

AÑO I

MANILA, 10 DE MARZO, DE 1888.

NUM. 7

SUMARIO

TEXTO:—*Crónica General*, por M. Scheidnagel;—*La Administración pública en Filipinas*, por J. de la Rosa;—*Flores, pájaros, ángeles*, por "Quioquiap";—*Perfeccionamiento y conservación de la raza bovina*, por J. C. Giménez de Quirós;—*Hombres célebres*, por M. A. Espina;—*La homeopatía y la alopatía*, por el "Dr. O'Delgorth";—*Una carta*, por C. Millán;—*Madrid por Alfonso VI*, por J. de la Puerta Vizcaíno;—*Revista madrileña*, por "Mafergi";—*Notas íntimas*, por M. Scheidnagel;—*Casino Militar*, por S.;—*Mesa Revueita*.

FOLLETIN:—*El Indio Batangueno*, por W. E. Retana.

CRÓNICA GENERAL

CONVALECIENTE todavía de la corta enfermedad que acabo de pasar, y contristado muy de veras por la muerte de mi mejor amigo y cariñoso compadre, el Illmo. Sr. D. José Fernández Giner, Presidente interino de esta Real Audiencia, vuelvo á cojer la pluma para cumplir la obligación que me está señalada en nuestra Revista. Pero no daré comienzo sin antes protestar de las bondadosas frases que D. Wenceslao E. Retana me dirige en la *Crónica* del número anterior, que me hallo muy lejos de merecer y que sólo puedo aceptar como expresión exagerada de su desinteresado afecto.

Precisamente la *Crónica* á que hago referencia, ó sea la suya, habré de considerarla siempre como el único objeto de valor que adornará legítimamente el rosario de las mías.

Al tender la vista por los periódicos y noticias telegráficas de Europa, procurando abarcar en conjunto la expresión de lo que arrojan las distintas corrientes que allí entabla la política y el especial interés de cada nación, no se hace necesario meditar mucho para formar juicio aproximado de la situación, y comunicarlo á nuestros lectores; que fijándose en el que hasta hoy hemos venido emitiendo sobre tan importante materia, habrán podido observar que no andamos extraviados.

Y conste que con semejante manifestación, se halla muy lejos de nuestro ánimo revelar méritos que no existen en modo alguno, y sí únicamente comprobar que en esto como en todo, nos hemos impuesto el inalterable deber de rehuir impresiones momentáneas, que particularmente en el gran juego de la diplomacia, distraen y alejan el pensamiento de su objetivo principal.

Si Rusia se encuentra sola, aislada, ¿por qué los alardes de fuerza y alianza entre Alemania, Austria é Italia?

Si Inglaterra no se preocupa actualmente de la garra moscovita en Oriente, cuestión importan-

tísima y para la cual consideró todo sacrificio pequeño en la guerra de Crimea y otras épocas azarosas, ¿no da esto á entender que la que nunca olvida sus grandes intereses coloniales cuenta con garantías que pueden compensar el peligro que por otra parte los amenazase?

¿Por qué se notan desfallecimientos en Italia? ¿Por qué esa confianza que demuestran otras naciones pequeñas, enclavadas, no obstante, en el teatro donde se supone han de tener lugar las catástrofes guerreras que tanto espantan?

¿Por qué Francia, sin embargo del pesimismo de algunos, olvida procedimientos lijeros que tanto la perjudicaron en otros tiempos, y hoy demuestra tal prudencia, que con respecto á la política del Imperio Germánico no parece sino que se han trocado los papeles?

La razón es muy sencilla. Si en la superficie no podemos apreciarlo, preciso es reconocer que en el fondo las fuerzas se hallan casi equilibradas, y acaso se ansia el combate, cuyos preparativos duraderos enervan la vida natural de los pueblos, anhelosos de respirar por completo el ambiente civilizador, que tropieza con barrera de acerado blindage, que si no intercepta radicalmente el irremediable avance de que habló Pelletán, detiene temporalmente por lo menos las rápidas transacciones de la vida industrial y comercial de los negocios; pues que los grandes capitales apenas bastan á satisfacer los créditos exigidos para sostener la preponderancia militar, haciendo dudar sobre cómo podrán adquirirse mañana los intereses legítimos que representan.

España, no está por fortuna llamada á intervenir directamente en la conflagración gigantesca que á no dudar se prepara; pero no siendo posible preveer todas las dificultades que pudieran sobrevenir, fija su atención en Marruecos, en la próxima conferencia de Madrid sobre este punto tan primordial para nuestra justa intervención en los asuntos de África, volviendo á agitarse, por otra parte, la idea levantada de alianzas con Portugal, que si bien presentan dificultades que no nos incumbe hoy apuntar, no pueden menos de reconocerse en último término como lógicamente convenientes.

Es indudable que se trata por los extraños de conquistar nuestra simpatía y esto debe confirmarnos más y más en que, ó hay moros en la costa, ó es muy pronunciado el olor á pólvora, ó se teme que en mayor ó menor plazo de tiempo lluevan garrotazos.

En París, el vertiginoso adelanto de las grandes obras de la Exposición; notables estrenos literarios, según lo que por allí se vociferan estas cosas, aunque de seguro menos fundados que el último de nuestro eminente dramaturgo José Echegaray en Madrid; las fies-

tas de Roma, con motivo del Jubileo de Su Santidad Leon XIII, que han promovido trascendencia de muy alto grado; la complicación que engendra el estado de la salud del Príncipe imperial en Alemania, que alienta y desalienta alternativamente al partido antimilitar; las nieblas y fríos del Norte; los innumerables naufragios que á consecuencia las borrascas ha habido en los canales de *San Jorge* y de *La Mancha* y otros mares; los fríos de la América septentrional, que han causado muchas víctimas; las inundaciones de la Península que habían producido ya extragos y desgracias sensibles en Andalucía; repetición de temblores por todo país que no sea Filipinas; la locura de imponderable lujo y extravagancias de las mujeres, que crean por todas partes el drama *real* en la sociedad y la tragedia *natural* en el seno de la familia, avasallando momentáneamente el instinto del bien, que volverá á sobreponerse *racionalmente*; otros cuantos inventos mecánicos; un paso más en el arte del *hipnotismo* y otro en la investigación de los *microbios* y sus efectos en la naturaleza humana; constituyen el verdadero carácter de ese globo que se hincha con la inagotable materia de novedades, que después derrama por todos los ámbitos del mundo.

Las noticias llegadas por el último correo no alteran sensiblemente las anteriores afirmaciones, si se exceptúa un telegrama que se refiere á la salud del Príncipe heredero de Alemania anunciando grave recaída, que acaso sea desmentida en breve.

El eterno ascenso y descenso de las conveniencias internacionales.

De Madrid, anuncios de crisis ministerial, que Sagasta evita cuidadosamente, y el horizonte de las Reformas militares muy brumoso por desgracia.

La epidemia *sin-dineritis*, continúa haciendo extragos.

Manila, ya lo hemos dicho en otras ocasiones, continúa demostrando que no carece de elementos que pueden prestarle vida, en su movimiento material é intelectual.

La prensa es fuerza reconocer que dentro de las circunstancias y atmósfera en que alienta, acusa verdaderos milagros.

El progreso sensato se extiende, crece y dará indudablemente buenos frutos, si se siembra cuidadosamente la semilla de donde brota y se cortan en tiempo oportuno las ramas que nazcan torcidas y se limpia la broza perjudicial, que sin beneficio de ninguna clase quiere á veces alimentarse con el precioso jugo que le es ajeno.

El Ayuntamiento estudia con afán el mejor medio de llevar pronto á término el proyecto del nuevo y amplio teatro, que tanta falta nos hace y que no dudamos reunirá las condiciones que exigen este clima y la seguridad personal, en cuanto al peligro de incendios ú otros, evitando además inoportunas invasiones de la entrada general, en donde no la corresponde establecerse.

Se anuncian nuevas y brillantes carreras de caballos.—Sea enhorabuena, Sres. *sportmen*.

—Pero Juan, ¿dónde te metes? ¿Tanto huyes del mundo que no se te ha visto el Hipódromo?... Aquello, chico, estaba magnífico, piramidalmente *charmant!*... Todo un oasis de elegancia y de caras hermosas envueltas entre lazos, bullones, encajes, sedas y plumas!

—Bien sabes, Antonio, que yo soy hombre prosáico y cursi: por lo mismo perdoné Santa Mesa y me fuí á ver á Luisa, que estimo de corazón, que viste siempre con mucha sencillez y usa mantilla española.

MANUEL SCHEIDNAGEL.

LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA EN FILIPINAS.

VII

La Aduana es oficina que siguió á la creación de la Contaduría y Tesorería generales de Hacienda pública.

Empezó cuando el Gobernador D. Gonzalo Ronquillo de Peñalosa decretó en 1581 que se cobraran derechos de almojarifazgo á todos los buques que hacían el comercio en las costas de Coromandel, Malabar, Bengala, Java, Cantón y Cádiz, porque la Aduana es donde se registran las mercancías á su importación y exportación para el cobro de derechos.

Los Oficiales Reales fueron los que se hicieron cargo de este ramo y despachaban de entrada y salida á los buques.

El único puerto habilitado para la importación, exportación y cabotaje era Manila.

Así es como la Aduana lleva en sus libros registrada la historia del comercio desde que nació; allí están también apuntadas las reglas, ideas y juicios de una administración que se fué, las de los tiempos presentes y las bases de la que ha de venir.

Allí están las disposiciones prohibiendo la entrada de géneros y efectos que no podía producir el país, las que después se permitió su introducción, las penas impuestas por error en los documentos que distan del fraude, como dista la ignorancia del concepto equivocado, y por consiguiente de efectos legales distintos.

En sus libros se registran los adelantos, gusto y cultura de esta sociedad, desde 1581.

Por Reales órdenes de 19 de marzo y 5 de mayo de 1786, declaró S. M. que el establecimiento de la Intendencia y de la Compañía de Filipinas exijan el formal de una Aduana como así se verificó, desde 1.º de enero de 1788, habiendo nombrado el Intendente D. Ciriaco González Carvajal, para que sirviera la plaza de Administrador, á D. Joaquín Cirilo de las Cajigas.

Por Real Cédula de 6 de febrero de 1789 se ordenó la extinción de la oficina especial, encargándose de ella otra vez los Oficiales Reales.

Por decreto de 11 de enero de 1791, el Gobernador D. Félix Berenguer de Marquina, suspendió el cumplimiento de aquella orden y expuso, que los Oficiales Reales no podían ya con el trabajo de la Contaduría y Tesorería y que la Aduana necesitaba un administrador, porque entraban muchas embarcaciones de Europa, India y China. El Gobierno de S. M. volvió á ordenar la supresión en Real orden de 6 de noviembre de 1800.

Se reiteró la conveniencia de que subsistiera separada de los Oficiales Reales la oficina de la Aduana, y al fin se consiguió de que subsistiera por Real orden de 5 de julio de 1805.

Los derechos se cobraban con arreglo á las leyes del título 15, libros 8.º y 9.º de la Recopilación de Indias, reglamento de 1734, adicionado en 7 de diciembre de 1767 y ampliado en 1820, acuerdo de la Junta de Real Hacienda de 14 de diciembre de 1786 y decreto de 3 de septiembre de 1822.

Los Oficiales Reales al establecimiento de esta oficina hacían los registros y reconocimientos en las bodegas de los comerciantes y banqueros inmediatas al río Pásig, sin sujetarse aún á arancel porque no le había.

Como esta práctica podía causar perjuicios irreparables al Estado, pidieron en 22 de julio de 1769 que se construyera un camarín para Aduana, y S. M. mandó

se destinase á oficina la Alcaicería de S. Fernando, por su Real Cédula de 26 de noviembre de 1770 y Real orden de 6 de noviembre de 1800.

La Alcaicería de S. Fernando no fué bastante capaz para las exigencias del servicio, y se dispuso, por decreto de 3 de abril de 1823, se levantase un edificio de fábrica dentro de las murallas de la ciudad.

El Gobierno de S. M. atendiendo á esta necesidad y á razones de seguridad, conveniencia y política, aprobó aquel decreto en Real orden de 8 de diciembre de 1825, que repitió el 4 de diciembre de 1827.

Se levantó entonces el edificio, en la playa de Santo Domingo á espaldas de la iglesia de la Orden, sitio que hoy tiene el nombre de playa de la Aduana, y le dirigió el ingeniero militar D. Tomás Cortés por virtud de orden de 7 de mayo de 1825. El edificio quedó concluido el año 1829, según decreto de 18 de julio de aquel año.

Por disposición soberana recaída en expediente instruído al efecto, se ordenó que la Aduana pasara al sitio del Carenero en Binondo y construídos almacenes y edificios para oficinas, allí está hoy desde principios de 1887.

Por acuerdo de la Junta superior de Real Hacienda de 9 de mayo de 1831, aprobado por decreto de la Superintendencia de 14 del mismo mes y Real orden de 23 de enero de 1833, se mandó crear la Aduana de Zamboanga con objeto de hacer desaparecer el contrabando y facilitar las expediciones á Joló.

Al ordenarse por Real orden de 27 de marzo de 1841 la creación de un Gobierno-Intendencia en las islas Visayas, se previno que la residencia del Gobierno fuese puerto habilitado, y cumplido el mandato en 12 de abril de 1842, se creó la Aduana de Cebú.

A consecuencia del incremento que se fué notando en el comercio de las islas, se pensó en el establecimiento de nuevas aduanas, abriendo puertos para facilitar la exportación, y así se mandó por Real orden de 15 de febrero de 1854, de la que dada cuenta á la Junta directiva de Hacienda el 23 de enero de 1855, propuso se abrieran los puertos de Sual en Pangasinán y de Iloilo en Visayas, creándose en ellos Aduanas, lo cual fué aprobado por la Junta de autoridades en acuerdo de 3 de marzo de aquel año, creación que luego decretó la Superintendencia de Hacienda en 27 de aquel mismo mes.

Se suprimieron después las Aduanas de Zamboanga é Iloilo y fueron restablecidas por decreto de 12 de abril de 1855.

Todas las aduanas dependían de la de Manila en virtud del artículo 4.º de su Reglamento que dispone se considere al Administrador general de la renta de Rentas, que hizo cambiara su organización en 1855, fecha también de su instrucción que aún está vigente, aunque han sufrido sus artículos varias modificaciones por decreto de 28 de abril de 1855, Real orden de 27 de julio de 1857, y otras.

Esta instrucción está mandado por diferentes Reales órdenes que se reforme para que guarde concordia y armonía con los aranceles vigentes.

En enero de 1874 funcionaron las Aduanas de Legaspi en Albay y Tacloban en Leite, en virtud del decreto de su creación de 3 de diciembre de 1873 por consecuencia de orden de 18 de mayo de 1862. Por Real decreto de 14 de agosto de 1884 fueron suprimidas las Aduanas de Sual, Legaspi y Tacloban.

Joló, después de los tratados de Paz con el Sultán, se abrió al comercio de cabotage y nada más, según diferentes declaraciones terminantes, siendo las últimas las Reales órdenes de 2 y 29 de julio de 1860; pero habiéndose creado allí un Gobierno P. M. en virtud de Decreto de 3 de abril de 1876, aprobado por Real orden de 13 de noviembre de 1877, se declaró, por Decreto de 16 de noviembre de 1876, abierto aquel puerto con franquicia absoluta de derechos al comercio exterior, sin otras limitaciones que la importación de armas,

pertrechos de guerra y efectos prohibidos por la legislación vigente; que los buques presentaran manifiestos de su carga, pudiendo llevar después de las formalidades con Joló á cualquier puerto del Archipiélago en cargamento, pero los efectos que no sean del país se tendrán como de procedencia extranjera; y para que hiciera esta clasificación con objeto de facilitar el tráfico, se creó en aquella plaza una Factoría por Decreto de 23 de mayo de 1877, aprobada por Real orden de 24 de agosto de aquel mismo año, y el factor impide sean conducidos los efectos del exterior á puertos no habilitados, porque de otra manera era fácil importarlo todo por Joló evitando el pago de derechos.

El Factor tiene su instrucción dada con fecha 24 de abril de 1877 para cuidar de los manifiestos á la entrada de los buques; y si efectos del exterior han de llevarse á los puertos habilitados del Archipiélago, el factor remite un ejemplar del manifiesto á la Aduana del destino, otro á la Intendencia y al Centro de Aduana.

Por el artículo 6.º de la Real orden de 14 de agosto de 1884 se creó en el puerto de Atimonan, provincia de Tayabas, un Registro para la exportación de maderas, y quedó así ese puerto habilitado para ese sólo objeto.

Por Real decreto orgánico de 13 de enero de 1865 la Aduana de Manila, que era general por su Reglamento, se la consideró provincial, dependiente de la Administración central de Impuestos, hasta que fué considerada central por orden de 11 de marzo de 1872, habiendo principiado á funcionar como tal centro el 16 de mayo de aquel año, y se la dió este carácter con el fin de que fiscalizara todas las operaciones de las Aduanas de provincias, y cesó en este carácter por Decreto de 27 de enero de 1883 y Real decreto de 14 de agosto de 1884, por pasar á ser central de Aduanas, la Administración de Rentas y Propiedades.

Por Superior decreto de 1.º de junio de 1864 se ha dispuesto, que las Administraciones de Hacienda pública del Archipiélago tienen el carácter de Aduanas para los efectos de presentación de manifiestos de cabotage, con objeto de formar la estadística á que se refiere la Real orden de 1.º de agosto de 1862.

La Intendencia general de Hacienda tiene facultades para establecer, dando cuenta al Gobierno supremo, cuantas aduanas considere necesarias, tanto para el comercio exterior como para el cabotage. Así lo autoriza el art. 12 del Decreto del Ministerio de Ultramar de 16 de octubre de 1870.

Dada la organización de la Aduana, trataremos de su atribuciones en el próximo número.

J. DE LA ROSA.

FLORES, PÁJAROS, ÁNGELES.

I

COMO asomado á dorado balcón, el sol de abril ensaya torrentes de luz en nacientes rayos, que pasando rasantes á las arboledas del campo y las casas y templos de la ciudad, van á dar sobre cerrados cristales para verter por mal entornadas maderas, hilos de oro en apacible estancia.

Es el nido de la inocencia; nido de pajarillos, búcaro de flores y coro de ángeles.

Ella está entre sentadita y recostada sobre el arrugado cabezal de blanco lino; en desorden sábanas y cobertores, y sobre sus desnudos, redondos muslos, su tesoro codiciado, que el inquieto bracito y los apretados dedos sujetan y acarician. Y la mirada juguetona, y la boquita sonriente, y sobre la frente desordenados bucles de oro, y latiente el blanco seno que la desabrochada camisilla ha dejado al descubierto.

De pronto vivaz visita entreabre las guindas de sus

labios; las manos buscan algo especial del guardado tesoro, y entre los sonrosados deditos, aparece un zapatito nuevo, de negro, brillante charol, y con un lazo de rosa; ¡qué bonito! y en medio una hebillita reluciente; ¡qué preciosidad!

Y el piecicito izquierdo se sale de entre las descompuestas sábanas, y ensaya introducirse en el hueco del zapato; pero el dedo chiquitín resiste la cárcel y se queda fuera; ¡picarán! y las dos manos quieren vencer al rebelde, y los suspiritos empiezan, y empieza la fatiga; cuando de repente, ¡oh dolor! con los pies de la cama-cuna, coincide la cabecera de otro lecho, y por entre las barrillas de hierro, aparece una mano fuerte que cae sobre el zapatito y lo decomisa, á tiempo que un rostro mofletudo estalla en ruidosa, burlesca carcajada.

—Mío, mío! Dámelo, *pillón!*

—No, para mí, para mí.

—¡Mamá! mi zapatito; que me lo dé, si no lloro *fuete*.

—¿Qué es esto; qué pasa por aquí?

—Mamá, el zapatito.

—Dáselo á la niña, ¡bribón! Y ahora á levantarse, perezosos, y un beso y un abrazo, así; y á vestirse, á almorzar y al colegio.

—Yo la *primera*.

—No, yo primero. Y de la camita vecina salta un cuerpo rechoncho y ágil, y dos piernas se cuelan en el pantaloncito corto, y la chaquetilla se dispone á ocupar su lugar....

—*Apisa*, mamá, que me gana.—Pero el diminuto corsé, y los corchetes, y la chambrita; oh ¡trage femenino! por eso el rival está ya en los postres; ya va á echar á correr, cuando de repente, de entre las manos de mamá un brinco á la alfombra, y una carrerita á la puerta, y carambola en la angosta puerta, hasta que el más fuerte vence y corre á risotadas por el pasillo, y detrás la niña descalza y en desorden falditas y cabellos, y detrás de los dos, juvilosa, agitada y ensayando inútiles regaños, la dulce, la santa, la celestial maternidad.

II

—Venga ahora aquí esta picarilla y á ponerse las medias y los zapatos; y esos pelitos!... ¡Jesús qué cosa tan enredada! Y esas caritas bien lavadas. Tú también, revoltoso; y despues el desayuno. ¡Qué desayuno más rico! Aquella gallinita blanca puso anoche dos huevos, y con ellos ¡qué tortilla tan hermosa ha hecho la mamita! Aquí está; miradla ¡qué rica!

—Yo quiero lo del medio que es más gordo.

—¡Calla, glotón! Para tí y tu hermanita; los dos iguales. ¡Qué cosa tan sabrosa! Por afuera tiene el hueso de la gallinita blanca y por dentro así como un empedrado de pedacitos de jamón.

—Para mí todo el empedrado.

—No señor; también para la niña. ¡Ea, y con pan! Así, y sin mancharse la ropa del colegio.... Esos deditos, nenita!... ¡Jesús! ¡qué cosa tan fea! Ahora este poquirritín de vino, y esos hociquillos bien limpios, y el sombrerito, y la gorrita, y los libros, y al colegio.

Mucho cuidado Justina; mucho cuidado con estas criaturas. Cogidos bien fuerte de las manos hasta el colegio mismo, y al paso de carros y carruages á escape, á un portal.

—Adiós, mamita; un beso y un abrazo.

Ya se fueron; pero el ojo de la madre asoma tras la cortinilla del cristal. Ya cruzan la calle; ya doblan la esquina; desde allí dos besitos lanzados por dos manecitas... ¡Malhaya la esquina que roba así á enamorados ojos, flores, pájaros, ángeles!

III

¡Qué triste ahora la antes bulliciosa, regocijada estancia! ¡Qué triste prado sin flores, arboleda sin pájaros, cielo sin ángeles!

Aquel rostro iluminado por amor intenso y expansiones de júbilo, dibuja ahora contracciones de tristeza y signos de vaga inquietud; y aquel cuerpo se deja caer

sobre el inmediato sillón; y las manos apoyan la frente como sosteniendo aquella cabeza que hondos pensamientos agobian.

Pero en estas mareas del sentimiento, los reflejos son rápidos, y de súbito aquel nublado rostro resplandece con aurora de plácido gozo y tranquila alegría...

—¡Qué monísimos son! Ella sobre todo, con su carita de ángel blanca y sonrosada, sus pelitos rubios, su cuerpecito de dije y su boquita chiquirritina. No; pues él no le va en zaga. Ciertamente que no hay en su cara resuelta y molletuda esos primores de dibujo, pero por eso es niño. Si fuera más cuidadoso con su ropas; pero imposible. La semana pasada... eso es; la semana pasada estrenó un traje, y ya lleva por codos y rodillas... Ella en cambio, al fin mujer; ¡con qué gracia se arregla el abrigo y qué aire el de su cabecita cuando se pone el sombrero de los domingos! Los piecitos son en ella una calamidad. Dale que le das de punteras á cuanto se le pone por delante, y lo que dice la directora: "Con esta diña no se gana para taburetes;" y lo que yo misma veo; medias puestas por la mañana, ya enseñan á la tarde el dedito gordo, tan mono y colorado como una fresa. Defectos de la niñez. ¿Quién no los tiene? Ahí están sino los niños de mi prima. ¡Vaya con sus primores! ¡La risa que me da cuando me dice que son tan hermosos! Y lo mismo me dice de los suyos á todas horas la vecina de al lado, y hasta aquella señora recién conocida... ¡Qué tontas son algunas madres!

¡Ay! que Dios me conceda los míos tan sanos y tan hermosos!...

Pero esa es mi pena á todas horas. Ahora mismo dicen los periódicos que allá no sé dónde hace extragos en los niños una enfermedad... ¿Cómo se llama? Si, la difteria.

¡Qué enfermedades tan raras salen ahora! Nunca oí hablar de eso en mis tiempos de soltera: es verdad que de soltera no se entera una de nada. Pero en fin, que no se me pongan enfermos, siquiera hasta que vuelva él de su viaje. ¡Si los hallara enfermos él que es tan padrazo y tan niño! Porque los quiere mucho, y á mí también; si, me quiere de veras, por más que á días tenga ciertas testarudeces.

¡Ay! que no enfermen mis niños: que no tengan la difteria! Que crezcan así tan hermosos hasta que él sea todo un señor ingeniero... pero no... entonces se irá lejos de mí... ¡Qué desgracia con los niños! Las niñas son mejores. Crecen, se desarrollan, se embellecen aquí en casa, y luego son gloria de las madres en paseos y reuniones... Pero ¡ay! entonces nos las roban, se las llevan, se casan. ¡Qué rabia!

Lo que decía el abuelito: "Los hijos nacen de espaldas á sus padres y caminan hacia sus hijos."

Y pensar que un día quedará sola esta casa, triste como un sepulcro; como yo dejé la mía!..... ¡Lágrimas!! ¡Qué triste cosa es ser madre!...

IV

—¡Justina! Los niños. Deje V. todo y vaya pronto, pronto.....

—Ya vienen... ya suben... ya llegan... ¡Niños míos! Un abrazo; un beso, y cien, y mil.....

¡Pradera, aún tienes flores; arboleda, aún tienes pájaros; cielo, aún tienes ángeles!...

Quiaquia.

PERFECCIONAMIENTO Y CONSERVACIÓN

DE LA RAZA BOVINA EN FILIPINAS.

(Conclusión.)

HAY muchas y variadas opiniones sobre la influencia de los productores, ya en sus condiciones físicas, como aquellas otras de utilidad y de energía, de que suelen algunos ganadores hacer apartado de las primeras para mejor aplicación.

Unos creen que la talla ó alzada del animal se debe á la madre. Otros aseguran que esa alzada es debida á la alimentación, lo cual creo yo también, si el alimento es rico en fosfato de cal; y hay también quien la supone á los efectos del terreno más ó menos elevado sobre el nivel del mar.

Respecto de esta creencia podríamos para contradecirla, hacer un paralelo entre el buey de Salamanca y el de Almanzora en su completo desarrollo cuya diferencia de alzada es cero.

También hay quien afirma, que el padre influye en la formación de ciertas partes internas del individuo y que la madre sobre las demás.

Yo prescindo en este lugar de esas apreciaciones, que pueden servir para un estudio fundamental y paso á ocuparme en lo que yo mismo he aprendido con mis observaciones, escogiendo desde luego para el mejoramiento la implantación de una raza nueva, que escojo y acepto como la mejor, ó sea la del Río de Almanzora, con los tipos que paso á reseñar.

Debe tomarse como padre uno de aquellos toros de mayor alzada, cuyo cuerpo sea alargado y cilíndrico en descenso; patas cortas, rectas y gruesas; cabeza pequeña, cuernos cortos, recios y de arranque ó nacimiento con tendencia á la horizontal; ojos nobles y dormidos, pero briosos é impresionables en determinadas ocasiones; boca fresca; movimientos sueltos; piel despegada; papada caída hasta más abajo de la rodilla; pelo corto, rojo, negro ó retinto, y amante de sus vacas.

La vaca debe tener la mayor alzada posible ó las mismas ó parecidas condiciones que el toro, siempre que reúna á ellas la mayor belleza, signo característico en la hembra en todas las razas.

No debe unirse la vaca al toro, sino después que uno y otro hayan cumplido los tres años, procurando que estos reproductores se hallen en estado perfecto de salud y en buen estado para los actos consiguientes de la ge-

neración. También debe cuidarse el que el toro no se una á más de una docena de vacas, guardando en esto especial cuidado y procurando que los actos sean entre sí lo más distante posible.

Durante la gestación ó preñez, debe darse á la vaca alimentos muy sanos, cuidando de que en los últimos cuatro meses no haga trabajo alguno, cuya circunstancia sería conveniente en todo el tiempo de la gestación.

Deben cuidarse mucho las crías, dándoles después del destete, pastos sanos y de las alturas en terrenos cárceos, hasta que después del año de edad puedan tomar alternados los pastos de los llanos ó sean los más lozanos.

De estas crías ó hijos deben escogerse los más perfectos y procurar entre sí la *selección* ó aclimatación de la raza, seguro de que después de cinco generaciones consecutivas en que se hayan tenido estos cuidados, se tendrán reproductores perfectos y estables.

El cruzamiento de las razas consiste en tomar individuos de variedades distintas, procurando siempre la unión de aquellos que reúnan las condiciones apetecidas hasta conseguir el tipo de origen.

Como se comprenderá fácilmente, los procedimientos son lentos, costosos y minuciosamente exigentes para tener en las *Hazas* padres de valor y de raza.

En Filipinas es conveniente la implantación de una raza nueva y por lo mismo he aconsejado la del Río de Almanzora, en la provincia de Almería, en España. Dicha raza tiene las condiciones que he reseñado y el país en que vive y se desarrolla es quizás de los más afines al presente suelo por su zona marítima ó litoral y hallarse á casi una misma altura sobre el nivel del mar.

Es esta raza la más conveniente á este país; y por lo mismo, la que parece más apropiado para el objeto indicado, pudiendo desarrollarse una raza típica y original en el Archipiélago.

Los terrenos más convenientes para establecer las *Ha-*

véz le abandona, le hace ser cuándo, informal; cuándo, embustero.

No tiene seguridad en sus convicciones; con frecuencia se vuelve atrás de todo lo que dijo el día antes; miente con *inconsciente* cinismo; y es tan en demasía testarudo, que así le maten no cede.—En la servidumbre doméstica, cuyos tipos describiremos más adelante uno por uno, abundan los indios de tales condiciones.

Cuando hacen contratos, firman enseguida un documento, para seguridad de los interesados. El que no toma esta precaución, saldrá seguramente mal parado, por lo mismo que el indio suele cambiar de opinión muy á menudo.

No embargante, hacen obstinado incapié en cierto linaje de asuntos. Ya puede estar una *dalaguña* muerta de amores por un mancebo que no guste á los padres de la amadora *dalaga*... Los padres prefieren ver "entre cuatro velas" á su hija, antes que casada con ese mancebo.

Tal es el antagonismo que existe entre unos y otros, sobre todo entre los que se dedican á igual suerte de negocios, que el espíritu de asociación puede decirse que es nulo. Si se reúnen será para jugar ó pasar el rato de un modo análogo; pero para dilucidar un asunto serio, para hacer el estudio de una cuestión trascendental, para discutir el fomento de un negocio, en menos palabras, para algo útil, no puede conseguirse que haya armonía ni

unión siquiera. La discordancia de pareceres, la indeferencia de muchos, es lo común entre los indios; y si llegan á un acuerdo, falta saber si perseverarán en él para poner feliz coronamiento á la cuestión.

Los que emprenden un negocio en comandita suelen acabar denunciándose los unos á los otros de supuestos fraudes al Estado: así se vengán mutuamente de la bancarrota que que cada uno hace.

"Ya sabe V. por propia experiencia que "en cada esquina de las calles de estos pueblos se encuentran personas capaces de afirmar todo lo que se les dijera, dándoles dinero; así es que es aquí muy peligroso admitir prueba testifical; razón por la cual, me "atrevo..." etc.

Este párrafo lo tomamos de un escrito firmado por un indígina y redactado por otro, famoso pica-pleitos, hijo de Batangas: lo cual prueba que ellos mismos reconocen que el indio de la última clase se doblega fácilmente al primero que le soborna: ¡costumbre es esta que á la fuerza deprime la condición del individuo!

La desconfianza del indio suele no tener relación con cierto género de absurdas ó fantásticas influencias, en las que cree á pies juntillas; y no faltan quiénes, tan astutos como marrulleros, conociéndoles el flaco, los explotan por ese lado, verdadero filón de utilidades, más ó menos pingües, según quién sea el explotado.

zas son los valles, utilizando también las colinas inmediatas, cuidando que los animales se ejerciten durante el pastoreo en las alturas.

Pudiera haberme extendido tomando de las muchas obras escritas para este objeto; pero habría sido aprovechar trabajo ajeno sin fruto alguno, puesto que el presente tiene sólo por objeto decir al ganadero en dónde puede encontrar una raza de fácil aclimatación en este país.

Terminaremos aconsejando que sin embargo de los prados artificiales de todos conocidos, se den á las bestias alimento de establo para su mayor desarrollo y energía, teniendo en cuenta el valor nutritivo de los alimentos que aparecen en la siguiente tabla:

Ración para obtener 1 1/2 libras de carne diaria ó doce cuartillos de leche de una vaca de 600 libras ó el trabajo útil y diario de un buey.

Coefficientes.	Alimentos.	Ración de insistencia.	Util.	Total.
10	Heno	9	21	30
40	Cebada seca.....	3	9	12
40	Maiz seco.....	3	9	12
400	Alfalfa verde.....	26	84	120
93	Id. seca.....	8	20	28
200	Patatas.....	18	42	60
350	Remolachas.....	27	78	105
240	Zanahorias.....	23	53	75
300	Maiz verde.....	27	63	90
VALOR DE LA CEBADA.				
En seco.		Germinado.		
	Goma.....	4	Id.....	15
	Azúcar.....	5	Id.....	15

Gluten.....	3	Id.....	1
Almidón.....	32	Id.....	56
Resina.....	1	Id.....	1
Salvado.....	55	Id.....	12
	100		100

Esto prueba el mayor alimento de los cereales germinados y la conveniencia de hacerlo por la economía que resulta en la alimentación.

J. CARLOS GIMÉNEZ DE QUIRÓS.

HOMBRES CÉLEBRES

QUE el mundo siempre fué mundo
 Que al verse en obscuro encierro
 Habitado de perversos,
 Por sus cívicas virtudes...
 Y henchido de hipocresía
 Con sus manos rasga el pecho...
 Y de torpes vicios lecho;
 —O Nigidio el humanista,
 Donde el malo vive á costa
 O Coriolano el guerrero,
 Del hombre virtuoso y bueno,
 O Hipérides á quien cortan
 Y donde el bueno recoge
 La lengua, ¡y le matan luego!
 Negra ingratitud en premio,
 Esopo, que precipitan
 Y donde está la ignorancia
 De una roca los de Delfos;
 En el término primero,
 Demóstenes que sucumbe,
 Y allá el saber entre sombras
 Como Foción, al veneno;
 Yace en inicuo desprecio...
 Y el buen Sócrates, que apura
 Las páginas de la historia
 De cicuta el cáliz fiero.
 Y Anacarsis el filósofo;
 Nutridas de tantos hechos,
 Y Antonio, y Milio Régulo
 A los varones de antaño
 Que mueren por la rudeza
 Más de una vez lo dijeron,
 Del bajo, ignorante pueblo...
 Y al repetirlo á nosotros,
 Entre las llamas, Pitágoras;
 Es preciso confesemos,
 Como es una verdad, tan grande,
 Que los cuatro Evangelios.
 Ramus y Rienzi á degüello;
 —Dígallo, si no, Catón,
 Desangrado el sabio Séneca;
 Ovidio en largo destierro...

Como candoroso, raya en lo inconcebible: pocos habrá en Lipa que no den por cosa segura que D. Pablo Maralit, gobernadorcillo, que fué, de dicho pueblo, en el año de 1744, andaba por el fondo y por la superficie de la laguna de Bombón. Tal absurdo, consta nada menos que en la crónica de cosas notables que existe en el tribunal de Lipa, de la cual crónica, como de otros muchos documentos curiosos, conservamos una copia.

A otro gobernadorcillo de ese mismo pueblo, que lo fué durante el año de 1829, D. Pablo Macarandang, lo deifican ó punto menos; y cuentan de él (también esto está escrito en la crónica) que presagiaba el día, la hora y hasta el momento en que se morían las gentes.

Por supuesto, no queremos extendernos para probar le supersticioso que es.

Conservamos curiosísimos apuntes acerca de lo que suelen pronosticar "las cometas ó estrellas con rabo como un harigüe de gordo".

—(Textual).
 En la gallera, si los dos primeros gallos que ganan, son de un mismo color, buli, verbigracia, el que tenga uno ialisay no lo pelea en toda la tarde:—"Reina el buli," dice; y cree que el que no sea buli perderá irremisiblemente.

No tengáis un arranque de coraje, por efecto del cual tiréis un plato al suelo; porque el bata que os vea, echará á correr, y no parecerá en algunas horas, ó en algunos días; ó quizás no vuelva nunca.

curiosidad del indio, á la manera que su modo de comer, es de lo más pueril que puede concebirse.

En cierta ocasión, llegamos á un tribunal: pedimos recado de escribir, y al momento de haber sido servido, comenzamos una carta particular. No habíamos trazado aún cuatro renglones, cuando notamos que el capitán dirigía sus miradas, bien que muy furtivamente, hacia nuestro papel. En cuanto pusimos punto al primer párrafo, empezamos otro que decía así, sobre poco más ó menos: "Por cierto que que el capitán es persona muy atenta y bastante bien educada..."—Y el bueno del gobernadorcillo, lleno de satisfacción, se nos acercó para darnos las gracias (!)...

Posteriormente, hemos notado que, cuanto más principal es el indio, mayor suele ser el grado de su curiosidad.

Sin embargo, para ciertas cosas dignas de ser curioseadas, no muestra inclinación alguna.

Por eso decimos más arriba que tiene mucho de pueril esta costumbre de casi todos los indíginas.

El indio es naturalmente desconfiado; siempre cree que le engañan, ó que tratan de explotarle: si se le piden datos acerca de su riqueza, ve en esa petición un ardid del cual se vale alguien para el logro de provechosos fines.

Su mismo recelo, esa desconfianza que rara

—¡O tú, Arquímedes!... que en tanto
Asombrabas con tu ingenio
A las huestes vencedoras
De Marco Claudio Marcello...
En tu corazón sepultan
Cobarde, asesino acero!...
—¡Dí, Fhidas.. si en la escultura
Al brindar raros modelos
Al mundo no te calumnian,
Y tus grandes obras fueron
Duros grillos, que te arrojan
La infame deshonra luego?...
—¡Tú, sublime Cicerón
De la elocuencia modelo!
Que salvas á la República
Al tronar de tus acentos...
Y con muerte vil te pagan
Los triunfos tanto celo!...
—O aquel de Torrelaguna,
Arzobispo de Toledo,
Que de Cardenal cubrióse
Su cráneo con el capelo;
Que fué Regente de España
Por sus eminentes méritos,
Y del quinto Carlos, pudo
Ser Ministro y Consejero,
Y que muere envenenado...
¡Oh, Ximénez de Cisneros!
A manos de negra envidia,
O acaso de torpes médicos.
—¿De qué, Cristóbal Colón,
Te sirvieron tus talentos...?
¿Para qué tu rara ciencia,
Tu abnegación, tus desvelos?...
Para apellidarte "el loco"
El vulgo bárbaro y necio.
Y del marino que pudo

Conmover el orbe entero,
Ofreciendo entre el aplauso
A Castilla un mundo nuevo...
Vióse lleno de prisiones,
Cargado de fuertes hierros,
La vida azarosa y triste
Acabar en hondo duelo.
—Dílo portugués Camoens,
Que á Venus estabas viendo
Sin duda, cuando la pintas
En aquellos cantos épicos...
¡Si no fué larga cadena
Tu vida de desconsuelo;
Siempre pobre y miserable,
Pobre y mísero muriendo!
—No calfes, Antonio Pérez,
Que á Felipe tanto bueno
Hiciste, y que ingrato un día
Puso tu cabeza á precio.
—Ni tú, jesuita Mariano,
Que al combatir con talento
Los errores y los vicios,
Y superstición del pueblo...
Te miraste perseguido,
Y vituperado y preso.
Publicalo tú, filósofo
Y astrónomo Galileo,
A quien en vejez cansada
Achacoso, pobre y ciego,
Apresan, y dá la vida
Entre continuos tormentos.
—Recuerdo tus infortunios
Tus azares, tus destierros...
¡Oh, escritor entre los grandes,
D. Francisco de Quevedo!
—Y tú, Miguel de Cervantes
De quien la cuna mecieron

Apolo y Marte, ¿tú vida
No fué de miseria y duelo?
¿Dí, que bien dió á tu pobreza
Ese tu conde de Lemos,
Ni ese Rey que te admiraba
Y te tuvo sin sustento?...
—Que te vieras perseguido...
Que fuiste por deudas preso...
Y que, casi de limosna,
Hubo de hacerse tu entierro.
—A tí gran Dominiquino,
¿No te mataron tus émulos?
—Tú, actor y auctor Otway,
¿No viviste siempre hambriento?
—Té, sábio Johnson, ¿no pides
El pan como pordiosero?
—Jovellanos, ¿no te acusan,
Y te persiguen los necios?
—Meléndez Valdés, ¿no sales
De tu injusto y largo encierro,
A que te dieran la muerte
Los de la ciudad de Oviedo,
Y al fin te salvas, y mueres...
Triste y de tu patria lejos?...
—¿Qué dirás, infortunado
Maíquez, del torpe gobierno,
Que te persigue, y te odia,
Sobre si eras blanco ó negro?...

Que acabaron con tu vida,
Y que en lóbrego aposento
Mueres... ¡eminente actor!
Pobre, como muere el genio;
Y el que entusiasmó en *Orestes*...
Y el que asombraba en *Otello*...
¡Sobre un jergón asqueroso
Exhala el postrer aliento!
—Y Rousseau, Vignes y el Dante,
Gilbert, Demetrio, Faléreo,
Avicena, Hernán-Cortés,
Francisco Pizarro, Fedro?...
—Mas, ¡ay! fuera no acabar
A seguir en el recuento
Triste de los hombres grandes,
Que inocentes perecieron,
Ya á manos del envidioso,
Ya de reyes, ya del pueblo...
Y ¿por qué...? Porque nutrieron
En alas del pensamiento,
De honor y celebridad
El puro y noble deseo:
En un mundo de ignorancia
De infamias y vicios lleno,
Henchidas de hipocresía
Y de magnates perversos,
Dó el saber vive humillado,
O entre prisiones, muriendo.

MIGUEL A. ESPINA.

LA HOMEOPATIA Y LA ALOPATÍA

(Conclusión)

Los que llevamos muchos años de práctica, por todas partes encontramos pruebas de su insuficiencia.

comer opíparamente, y hasta nueva comida no cesan de tomar con frecuencia lanzones, ates, chicos,—según la estación,—y hacemos caso omiso del *buyo*—otra golosina—que tienen siempre en la boca. Por cierto que el postre de dulce lo toman de un modo un sí es no es repugnante; que consiste, en que todos los de la mesa, uno tras otro, lo toman en la misma dulcera y con la misma cuchara, sin limpiarla antes.

El arroz, el pescado y las frutas, es lo que más apetecen; constituye su alimento favorito. Gústales también sobremanera algunos astringentes, y las frutas que no están aún en sazón. Algunas de ellas las ponen en sal y vinagre, y cuando han tomado bien el gusto del caldo, las saborean con delicia.

El indio del campo come lo que puede: cuando carece de arroz, toma maíz, camotes, calabazas, raíces... Muchos, en su pobreza, enferman á consecuencia de su mala alimentación. La vida de los montes es miserable: verles comer trozos de calabaza con algo de maíz cocido—y no siempre lo tienen—mueve el corazón del menos sensible.

II

Quizás de esa afición que tienen de imitar al europeo, nace su desmedida curiosidad hacia todo lo que hacen y dicen lo *castillas*, á quienes atisban siempre que puedan, para hacer luego sabrosos comentarios, en los cuales, jamás, el lenguaje peca de cáustico. Pero la

Le preocupa mucho ver al peninsular pasearse por la habitación.

Va el indio por un camino, y nunca vuelve la cara hacia atrás. A veces ocurre que un carruaje le atropella, siendo de advertir que el viandante oía que los caballos se le acercaban, y que el cochero le decía: *¡tavel, ¡tavel!*—Y es que creen, según tenemos entendido, que todos llevamos escrito en las rayas de frente nuestro propio síno.

Si al indio le ocurre alguna desgracia, que casi siempre ha podido evitar, consuélase pensando que "lo quiso Dios." Y asunto concluido. ¡Son fatalistas, como buenos orientales!

En cuanto á sus enfermedades, tienen mayor fe en los mediquillos que en los doctores y licenciados. No toma más menjurjes ni otros jaropes que los que le prescribe el empírico mediquillo, que con ser incruento por inducción, mata sin cargos de conciencia, si bien promulgando á todas horas su mucha sabiduría en la ciencia de curar enfermos.

Cuando nace un niño, la placenta la entierran en el solar de la casa; y cuanto más honda la pongan, mayor será el apetito del recién-nacido. Antes de practicar este *entierro* envuélvenla en un papel blanco, para que lo sea el chico; pero otros prefieren envolverla en un periódico, porque así el muchacho sabrá leer *castilla*.

No concluiremos sin apuntar aquí, puesto que es oportuno, un curioso detalle.

Los indios creen en la existencia de un pájaro llamado *patinac*, el cual tiene la fatídica cua-

El principio *ab um in morbis*, no puede afirmar que un medicamento del que pueden contarse veinte buenos resultados en otras tantas aplicaciones, producirá el mismo efecto en la veintiuna prueba á que se someta. La alopatía, poderosa con estos recursos, es impotente para salir del camino en que se encuentra empeñada y lo es también para la colección de problemas que ni ha propuesto ni resuelto.

Vos, querido comprofesor, sabéis bien que Hahnemann se limita á repetir que la medicina es el arte de curar, y añade que, para llegar á este término, son necesarias tres cosas: 1.ª, conocer la enfermedad; 2.ª, conocer el efecto de los medicamentos; y 3.ª, saberlos emplear apropósito.

En la primera condición está de acuerdo con la medicina tradicional, cuando se trata de hacer constar los desórdenes materiales; pero no entro en discusión sobre la terapéutica y materia médica alopatía, pues vos habéis hecho una buena definición de ella, fundada exclusivamente en la analogía, la casualidad y la observación clínica.

Y en cuanto á la combinación en medicamentos, es anti-científico, porque se anula en poder recíproco ó cambia de acción, sin utilidad para la ciencia ni para el enfermo.

Me niego en absoluto á combatir las constipaciones con los purgantes, como vos me proponéis, por la sola razón de que estos agentes no podrían dar al intestino su contractilidad de una manera permanente, y tendrían una acción paliativa seguida de una agravación durable. Más escrupuloso aún para con las exantemas, no me ceñiré al tratamiento espeditivo de Hebra y demás dermatólogos, por temor de hacer cesar con él, el síntoma primitivo de una enfermedad virulenta, y dejar de esta manera á mi enfermo expuesto á todas las transformaciones posibles de la diatesis.

Véis bien, mi querido comprofesor, que cualquiera que sea el punto de vista en que nos coloquemos, la fusión

de lo que llamáis escuelas sibales sería inútil para la homeopatía, pues aunque ella necesita hacer muchos progresos, no es lo alopatía la que ha de facilitar los medios.

Creedme, querido comprofesor; casi todos los días conseguimos aliviar ó curar á los incurables que algunas veces deja la alopatía, y no sucede esto tan á menudo en los casos en que nosotros hemos fracasado.

Convengo con vos en que no curamos á todos nuestros enfermos; pero nuestros malos resultados tienen sus causas; ó bien el tratamiento mal dirigido, y en este caso toda la falta es del médico, y no de la doctrina, ó bien que la enfermedad había llegado á uno de esos períodos en que toda medicina es impotente, ó bien que el enfermo esté debilitado de tal modo que haya llegado á ser imposible cualquier caso de reacción.

Y sin embargo, ¡cuántas veces no han llamado á la homeopatía con vasto error, un charlatanismo desvergonzado! ¡Ay, querido comprofesor! No hay epítetos que los médicos se prodiguen con más facilidad, que los de pobre de espíritu, sectario ciego, delirante, charlatán y tantos otros que vos como yo conocéis y que no necesito repetiros. Siempre he sabido despreciarlos á todos; jamás me he vuelto en mi camino para evitar una personalidad; nunca me he detenido á lavar una injuria.

Permaneceremos, pues, homeópatas, sin consentir por eso el perder dictado de médicos, porque este título le hemos adquirido á fuerza de estudios serios y queremos conservarlo porque la homeopatía es una medicina completa. No lo dudéis, querido colega, la verdad de nuestra doctrina, será generalmente conocida.

Aquí debo, querido comprofesor, terminar la contestación á vuestra carta que espero la aceptéis como una justificación. Quiero al propio tiempo daros las gracias, por haberos acordado de vuestras visitas á mi dispensario y los estudios que allí hicimos juntos, con lo cual podéis estar seguro que jamás olvidaré las horas que

lidad, la misteriosa tendencia de posarse á media noche en el árbol más cercano á la casa de la mujer que está pariendo; función que impide con sus extraños cantos, hasta conseguir la muerte del feto y la parturienta.

Hé aquí un apunte acerca del *patinac*, que entresacamos de otra porción de ellos, referentes á las aves más notables que hemos visto en la provincia batanguéna.

PATINAC. Pájaro fantástico, nocturno, que cambia de formas con frecuencia. Es el terror de los naturales: sus gritos, semejantes á veces á los mahullidos del gato, son otras la expresión fiel de los gemidos de los cahorrillos abandonados; y muchas veces,—y esto es lo más terrible,—idénticos á los que exhallan los niños de pecho cuando son brutalmente ahogados con las manos.—Raro es el indio, rarísimo, que dude de la existencia del *patinac*, pájaro no menos imaginario que la piedra *Mutya*.

III

El indio de la última clase es dócil por naturaleza, respetuoso por condición, sumismo por instinto. Estas tres buenas cualidades de los indios, son más propias de aquellos que viven en los pueblos más apartados de los de Batangas, Táal y Lipa, que son de los mayores y menos incivilizados de toda la provincia. Por lo general, son atententos, comedidos y finos en su trato con el *castila*, y así lo son casi todos los de de la región batan-

de *en cuchillas*, en el suelo. Al alcance de su mano, pero también en el suelo, colocan los platos. Los indios principales suelen comer sentados á la mesa; mas algunos prefieren ponerse en *cuchillas*, sobre el banco que suele haber frente á aquélla, y así comen. Cuando lo hacen con cubiertos, casi todos los alimentos los toman con la punta del cuchillo: el tenedor puede decirse que sólo les sirve de auxiliar para cortarlos.

A propósito de comidas.

El indio es de lo más omnívoro—¿se nos permite la frase?—que podemos imaginarnos: nada repugna; come cuanto le ponen; pero es extremadamente caprichoso. No guarda orden ninguno en sus comidas. Los diversos platos que ha de tomar, todos los saca á un mismo tiempo á la mesa. El *caning* (que los europeos llamamos *morisqueta*, por tradición local sin racional fundamento) es el pan del indígena; y por cada porción de *morisqueta*, pega un pellizco á aquello que más le viniere en gusto. Tal modo de comer, se asemeja un tanto al de los niños *pequeños*, los cuales, como todos sabemos, lo quieren todo á la vez: de aquí que, á juzgar por este detalle, no sea completamente errónea la frase de no sabemos qué señor inglés, que llamó á los indios “niños grandes.”

Son golosos sobre toda ponderación; ellas más que ellos: en ninguna mesa—á escepción de las de los indios pobres—faltan una ó más clases de dulce, para postre. Y en cuanto á las frutas, basta digamos que de ellas no sólo son grandes aficionados, sino insaciables. Acaban de

hemos pasado juntos en este modesto asilo abierto al pobre que sufre; las olvidaré tanto menos, cuanto que han sido el origen de las efectuosas relaciones que se han entablado entre nosotros y que me autorizan á contestar vuestra carta con las reflexiones que preceden. Lo hago con confianza, seguro de que nuestras insignificantes divisiones médicas, no alterarán en nada los sentimientos de alta estimación y desinterés cuya seguridad os suplico recibáis de mano de este vuestro afectísimo,

DR. O'DELGBORTH.

UNA CARTA

Sr. D. Manuel Scheidnagel.

MI querido amigo: Solicita V. mi nombre para la lista de colaboradores de LA ESPAÑA ORIENTAL, y á par que su buena amistad, tal solicitud me indica que desconoce V. mis aptitudes. Carezco de toda *ciencia*, pues á pesar de mis 49 años no pasé de aprendiz en la de la vida: así es que con no extinta sorpresa constantemente veo deslizarse ante sus cuadros hasta hoy desconocidos, escenas no pensadas, tipos y caracteres no previstos, y... una de dos: ó los cuadros, las escenas y los tipos varían de color progresivamente, ó el cristal á través del cual dirijo la mirada, cambia de color con los años; que medio siglo, tiempo parece ya muy suficiente para no desconocer las cosas de la vida.

De *administración* debiera entender mucho, lógicamente pensando; pero como lo primero que nos enseña el mundo es que la verdadera lógica consiste en carecer de ella, entiendo menos de administración que de medicina, y eso que nunca tuve entre mis manos á Hipócrates, á Galeno ni al celeberrimo doctor Garrido; y si es verdad que para muestra basta un botón, la epístola que enderezó á V. es, á mi juicio, la muestra más evidente que puedo darle de los poquísimos puntos que calzo en *literatura* y del corto aprecio que hice de las enseñanzas de Hermosilla.

En *artes* ya es otra cosa; porque de arte nadie carece y cada cual tiene el suyo. No practico, en verdad, las bellas artes, siquiera sea su más fervoroso admirador; y si en mis mocedades tuve el atrevimiento de pulsar la lira, jamás supe templarla, y sus desacordes ecos, más que al arpa célica, semejaron al órgano de Móstoles.

De artes liberales, la más liberal que aprendí, y eso hasta cierto punto, fué la de la guerra, y en 27 años anduve más de cuarenta veces á tiros y á cintarazos por llanos y por cerros contra los enemigos de las libertades patrias; pero como nunca llegué á ser maestro, abandoné el oficio, cansado ya de machacar en hierro frío.

No penetré jamás en el misterioso arcano de las artes diabólicas ni en el laberíntico del de la diplomacia, que consisten en ver quién engaña á quién con más naturalidad y mayores ventajas, al decir de las gentes, y desde que abandoné el arte liberal de apalea al prójimo, me he circunscrito, aunque con poca fortuna, á estudiar la más difícil de todas las artes: la de conocerse á sí propio; mas según lo que voy columbrando á través de los efectos de espejismo que incesantemente se interponen entre la retina y el objetivo, formados unos por la vanidad, otros por el amor propio, engendrados éstos por la creencia errónea de un saber que no existe, y producidos aquéllos por obcecaciones de carácter; según lo que voy columbrando, repito, no debo escribir sobre *ciencias* ni sobre *administración*, ni sobre *literatura*, ni sobre *artes*, ni sobre *intereses preferentes de Filipinas*, ni sobre cosa alguna, porque la primera condición de todo escritor es la de poseer la materia ó asunto sobre que escribe, y la segunda, la de contar con la galanura y magia del estilo, y de ambas condiciones carezco.

Esto no obstante, si V. juzga, mi querido amigo, que puede prescindir de ambos requisitos y, sin ellos, añadir mi nombre al de los ilustrados colaboradores de

esta Revista, hágalo en buen hora: yo seguiré creyendo siempre que, no á mis aptitudes, sino á su buena amistad, obedece tal decisión; y diré *sotto voce* para que nadie lo entienda: También la amistad padece sus espejismos, y el sufrido por Scheidnagel se refleja en LA ESPAÑA ORIENTAL sobre la firma de su mejor amigo,

CAMILO MILLÁN.

Laoag, 27 de febrero, de 1888.

MADRID POR ALFONSO VI

LEYENDA HISTÓRICA

(Continuación)

ARRIVA! ¡Arriva los míos!
 Fernan Gonzalez gritava.
 —“Non piedra só piedra quede,
 “nin meçquita ny atalaya!
 “¡Non fuyais! ¡Voto á San Jaymel!
 “ca del Rrey la ssu mirada
 “de las armas de Segovia
 “nin por un estante aparta.
 “Los valyentes segovianos
 “finchado el ssu pecho en rrabya,
 “faciendo escala ssus cuerpos
 “sobre el muro se abalançan.
 “Los moros non sse amedrentan
 “é á los chrystianos rrechaçan,
 “é tantos sson ya los ommes
 “que la ssu vyda entregaran,
 “quen ssangre anegado el ssuelo
 “la ssu ardiente arena baña;
 “é non por esto han pavura
 “nyn çaxan en ssu demanda,
 “que cada gota de ssangre
 “que de ssus venas sse escapa,
 “en un angel sse torna
 “é fasta el çielo aça un ánima.
 “Las armas unas con otras
 “chocan é despiden llamas,
 “é oyense grytos de muerte.
 “é ssospyros é pregaryas,
 “é voces que discen ¡Madre!
 “é otras ¡Que Chrysto me vala!
 “é rruedan los cuerpos muertos,
 “é el ques vivo non repara
 “que anega ssus pies en ssangre
 “que aun lãs ssus venas derraman.
 “Del ssol el rrayo primero
 “la ssu luz esparce clara,
 “é alumbra á un omme que sube
 “fasta la almena mas alta,
 “é finca en ella el pendon
 “con la ssu cruz ssacrosanta.
 “Al vello, los de Segovia
 “dentro de loss muros ssaltan,
 “é fieros vaen repartiendo
 “mandobles é cuchylladas.
 “¡Tardos fueron en llegare.
 “mas ssus manos non son tardas!
 “Fernan García que fiço
 “facaña tan renombrada
 “seguydo de Dia Sanz,
 “de la muralla se abaxa,
 “é las puertas rrompe ayrado
 “para dare al Rrey entrada,
 “mas antes que tal ficiere
 “ssus gentes han ayuntadass
 “é arremeten contra el moro
 “que á fuerça quiere çerrallas.
 “Non dán tregua á la pelea,
 “ca luchan con esperança
 “de fonsare por la noche
 “del moro en el rreal Alcaçar.

"La yra ciega los ssus ojos
 "é solo aspyran vengança,
 "ca muchos son los chrystianos
 "que han finydo en la demanda.
 "Cuerpo á cuerpo é faz á faz
 "sse arremeten é sse assaltan,
 "é luchan como leones
 "é como tygres sse agarran:
 "ssaltan rrotos loss lançones
 "é fulguran lass espadas,
 "reluçientes cuando caen,
 "é bermellas quando sse alçan.
 "Baladros de muerte sse oyen
 "afogados en las ansias,
 "que nasçen del coraçon
 "é finan en la garganta.

J. DE LA PUERTA VIZCAÍNO.

(Se continuará.)

REVISTA MADRILEÑA

Mi estimado amigo y Director:

Don José Echegaray ocupa hoy, sin disputa, el puesto de honor en nuestro teatro. Él lo arrancó de su pasado abatimiento; él lo hizo revivir cuando languidecía anodino, letal y *anémico*, si se me permite este calificativo de moda.

Con su poderoso genio le imprimió nuevos rumbos, le marcó otros derroteros y le sacó de la postración en que yacía.

No es extraño, pues, que cada estreno de Echegaray produzca grandísimo efecto y dé motivo para que se discuta no sólo la nueva obra, sino también el autor y todo su teatro.

Rindiendo culto á esta tradicional costumbre, creo que es ésta la ocasión de decir que su producción perfecta y sin tacha, su obra maestra, es *O locura ó santidad*.

Le siguen en mérito, pero ya á una considerable distancia y oscurecidas por algunas imperfecciones: *El gran Galeoto*, *Conflicto entre dos deberes*, *En el seno de la muerte*, *La esposa del vengador*, *La muerte en los labios* y *Dos fanatismos*. Ocupan, en cambio, el último lugar en su teatro: *Cómo empieza y cómo acaba*, *Algunas veces aquí*, *Mar sin orillas*, *Morir por no despertar*, *Los dos curiosos impertinentes*, *En el pilar y en la cruz* y *Piensa mal y acertarás*.

Como retazos sueltos, dignos de ser mencionados, citaré el epílogo de *La última noche*, el primer acto de *Lo que no puede decirse* y el segundo de *En el puño de la espada*.

Distínguese el Sr. Echegaray por su portentosa fecundidad, lo cual no deja de perjudicarle, porque, en su afán de producir obras nuevas, no las estudia y corrige lo bastante para presentarlas, si no libres de todo defecto, al menos con pocas imperfecciones.

Su genio extraordinario abarca desde el descarnado realismo hasta el romanticismo fantástico. Sus héroes, ora calzan coturno, ora se mueren en las regiones más humildes: ya resucitan el mundo legendario de la Edad Media, ya se presentan con el traje de nuestra época, aunque no siempre con nuestros propios impulsos y pasiones. Unas veces, las menos, son personas de carne y hueso, otras, la mayoría, símbolos, alegorías de las ideas abstractas que el autor quiere llevar á la escena.

Se mueve, casi siempre, en las esferas de lo dramático y lo trágico y con preferencia, en las de lo terrible y espantoso.

En su última obra, titulada *El hijo de carne y el hijo de hierro*, el Sr. Echegaray ha perdido una cosa que hasta ahora no ha faltado nunca en sus obras: el poderoso atractivo del interés. Hasta aquí se discutían luego sus producciones en el retiro del gabinete, se le aplicaba por la prensa el frío escarpelo de la crítica, se aquilataban sus méritos y se contrastaba su valor intrínseco, viéndose, entonces que nos era oro todo lo que relucía,

como suele decirse; que el oro, para seguir la misma comparación, no era todo de buena ley, ó que, si lo era, tenía pocos quilates. y se encontraba absurdo lo que se había aplaudido antes. Pero el primer efecto lo producía siempre la impresión inmediata, que era favorable; el espectador no permanecía indiferente, sino que se conmovía, se interesaba, se estremecía en su asiento, retorciéndose á veces en accidentes epilépticos ante las hecatombes que se sucedían en la escena, y aunque no quisiera, aplaudía y gritaba.

Nada de esto ha ocurrido con la producción objeto de estas líneas. Su nota saliente, por el contrario, ha sido la monotonía, la falta de interés. El público no se ha preocupado con lo que sucedía en la escena, á nadie le interesaban aquellos sucesos.

Y no es que el Sr. Echegaray haya abandonado su género predilecto; no es que se haya salido de sus tradicionales moldes y haya querido dejar á Melpómene para echarse en brazos de Talía, como pretendió hacer en *Piensa mal y acertarás*. Aquel intento le salió mal y no ha vuelto á tener tal propósito, porque la Musa cómica no acudió, entonces, á su llamamiento. Es que el argumento de la obra es pobrísimo y oscuro y no hay en ella interés ni caracteres, pues sus personajes son reproducciones, con distintos nombres, de otros del mismo teatro de Echegaray.

Es también, que no hay verdadera situación dramática y permítame aquí el lector una pequeña digresión.

La tragedia antigua es la lucha de un infinito superior con la deleznable naturaleza humana; infinito superior que se llama, siempre, la fatalidad, el destino, el *fatum* de los romanos, la *cravke* de los griegos. La tragedia moderna, es también, la lucha de la voluntad humana, con su infinito superior, la pasión, el sentimiento.

La tragedia novísima, trascendental, y con *tesis*, es la lucha de la pasión con el deber, con la ley moral.

Pues bien; en la obra que examinamos, la lucha se plantea entre un invento del protagonista (el hijo de hierro) y el amor á su hijo (el hijo de carne).

En la tragedia antigua la fatalidad vence siempre sobre el misero hombre, y Edipo, aunque quiere ser bueno, es vencido por el destino y llega á ser incestuoso y parricida, bien á pesar suyo. En la tragedia moderna shakespeariana la pasión vence, también, siempre y Otelo, amando á Desdémora, la ahoga entre las almohadas de su cama por dejarse llevar de la pasión de los celos y lo mismo hace nuestro tetrarca de Jerusalén.

En la tragedia novísima caben las dos soluciones, y unas veces vence la ley moral y esto es más bello y más consolador, y otras veces la pasión y esto es, quizá, más humano, más real y, por lo mismo, más dramático.

En la obra que nos ocupa no hay, en rigor, lucha entre la pasión y el deber, sino entre dos pasiones ó sentimientos, el amor propio del protagonista de que un invento suyo llevara su nombre y lo inmortalizase y el afecto á su hijo.

Esta situación, eminentemente dramática, aunque no bien justificada, la resuelve el autor haciendo que venza el sentimiento, el amor filial, y esto es, en verdad, lo humano, y por consiguiente, lo dramático; pero, al final, se pierde todo el efecto por el tenaz empeño del autor de dar á sus obras el sello de lo terrible, como si se propusiera más bien espantar que conmover.

En el desenlace se amontonan, sin necesidad, los efectos trágicos; se recurre á detalles de malísimo gusto que hacen que el espectador, en vez de conmoverse, se enfrie y vuelva á la indiferencia de que hablaba antes.

No me asusta el espectáculo de la muerte en el teatro; no creo, como Horacio, que Medea no pueda despedazar á sus hijos delante del público; pero tampoco pienso que sea siempre de efecto trágico necesario llevar á la escena muertes y suplicios. En esto, como en todo, no debe haber más ley que la naturaleza del asunto, las exigencias de la obra. Si ésta requiere la muerte de algunos personajes, que mueran en buen hora; pero, si no es preciso, no se las mate sin necesidad y sólo

para producir efecto, modificando, así al espectador y haciéndolo mantener sus nervios en tensión continua.

Estos golpes de relumbrón, estos detalles repugnantes y repulsivos, son impropios del talento del Sr. Echegaray y de su justa reputación de autor dramático eminente.

La forma de este drama es de lo mejor que ha hecho nuestro gran dramaturgo. Abundan los pensamientos grandiosos y profundos y las imágenes felices. La prosa en que está escrito es majestuosa y sincera, habiendo en ella, más poesía que en muchos tomos de versos. Esta ha sido la verdadera defensa de la obra.

Después de caer el telón, el público aplaudió sin saber por qué y, al aparecer en escena D. José Echegaray, se le tributó un recibimiento entusiasta, recordando sin duda que pisaba las tablas el autor de *O locura ó santidad* y tantas otras joyas de nuestro teatro; pero que no merecía, ciertamente, el creador de *El hijo de carne y el hijo de hierro*, que acababa de representarse.

La ejecución del drama ha sido, en general, mediana. Nada diré de las Sras. Contreras y Guillén, porque la justicia me impediría ser galante y la galantería no me dejaría ser justo. Además, habiendo rescindido aquélla su contrata, no he de enseñarme con el vencido ni recordar su amaneramiento y afectación tradicional. En las últimas noches la ha sustituido la señorita Cobeña, sin que el autor, el público ni la obra hayan ganado nada con el cambio.

Los Sres. Calvo y Vico han sido los únicos que han dado colorido y relieve á los caracteres que les encomendó el autor, y teniendo en cuenta las dificultades de su desempeño, puede decirse que han luchado como buenos y que, si no han obtenido los brillantes éxitos que en otras ocasiones, tampoco han descendido del pedestal en que, con justicia, los ha colocado la opinión imparcial y desinteresada.

Los demás actores, *discretos*; y ya sabemos lo que quiere decir esta frase convencional en el tecnicismo de bastidores. Es como llamar *simpática* á una mujer, por no decir claramente que es fea.

En resumen: á pesar del éxito de la noche del estreno, y no obstante la crítica, amiga y benévola, del día siguiente, mi opinión, pobre y desautorizada sin duda, es que *El hijo de hierro y el hijo de carne* es una *lamentable* equivocación de D. José Echegaray, nacida, quizá, de haber escrito su obra con *pie forzado*, es decir, para dos artistas eminentes y rivales, á quienes rodean actores adocenados.

Sabido es que las obras de arte hechas á medida no tienen la espontaneidad y lozanía que necesita el genio para sus grandes creaciones.

MAFERGI.

25 de Enero, de 1888.

NOTAS ÍNTIMAS

A LA MEMORIA DE MI QUERIDO AMIGO Y HERMANO
DEL CORAZÓN
José Fernández Giner.

Fin del dolor, y renaciente vida,
donde el alma reposa transformada,
y el que ansió saber, lo sabe todo,
y el que ansiaba amar, ama por siempre.

O. Wallin.

Cuando murió Bellini, se dijo que su espíritu subió al cielo para dirigir los coros de ángeles.

Yo diría, que al penetrar tú en el Paraíso, habrán sonreído aquéllos con la más tierna alegría.

Rompióse la cadena de acendrada amistad entre cuyos eslabones se cruzaban analogías del sentimiento, sin que la superioridad de tu espíritu ó inferioridad del mío, pudieran alterar la esencia que ligaba nuestras almas.

En adelante, será aquélla muy larga, interminable é imperecedera.

Las ocho ó poco más serían de la mañana, del día 25 de febrero último. Hallábame postrado en el lecho donde me retenía, más que la gravedad de la neuralgia, el sufrimiento físico que ésta me produgera. Yo estaba sólo y experimentado una gran debilidad en el cerebro, como consecuencia natural de la que prevalecía en todo el organismo. Contemplaba con involuntaria fijeza una faja de luz blanquecina, amortiguada por opacas ondulaciones amarillas que extendida por el suelo de mi dormitorio, desde una á otra puerta, reflejaba vagas tristezas que me imponían. El silencio era absoluto, y mi pobre imaginación, atraída por aquel lúgubre resplandor del que no me era posible apartar los ojos, forjaba tétricas fantasías cuyo desarrollo superaba á los propios esfuerzos de la voluntad, que trataba de evitarlas. Era la lucha de sensaciones, que suele sentir la naturaleza enferma.

En aquella muda y melancólica contemplación, tu recuerdo cruzó mi mente; algo sobrenatural estremeció mi ser: sentí frío; misteriosas corrientes glaciales; parecióme escuchar ecos precusores del infortunio... ¡manifestaciones de la vida callada!

Habíanme dicho que te hallabas algo grave, y añelaba verte, sentir la noble presión de tus brazos, que era como siempre me recibía tu fraternal cariño. Después agítome un estremecimiento galvánico, inexplicable, producido por un hecho sencillísimo.

Una blanca y tenue mariposa, apenas visible por su pequeño tamaño, surgió volando á corta distancia del suelo, y recorrió, para desaparecer poco después, toda aquella zona de triste luz, en que se había sumergido mi imaginación.

Entonces pensé, sin darme cuenta de la idea, en que tu vida se deslizaba ya por las vastas regiones de otra cuyo término está en el infinito.

Como resultado de lo expuesto, pregunté por tí con mayor interés; pero los que me rodean sabían cuánto te quería, cuánto te quiero, y me ocultaron la amarga verdad.

Dos días después supe que habías partido entre un mar de lágrimas y el mundo de amor que en los tuyos engendraste.

¿Qué puedo añadir, para espesar lo que ahora siento, lo que ahora quisiera decir?

Nuestro buen amigo *Desengaños*, con su clara inteligencia y delicado sentimiento, ya lo ha hecho mejor que yo; cosa que le agradezco mucho, aunque sin abstenerme por mi parte de lo que parece me impone un sagrado deber, en las columnas de LA ESPAÑA ORIENTAL, de la que fuiste eximio colaborador.

Llevemos la pureza de conciencia á donde quiera que sea; pero que allí volvamos á encontrar esos inapreciables afectos que constituyen la existencia plácida del alma, desligada de las miserias materiales.

Déjame, Pepe, verter en el crisol de nuestro antiguo afecto estas gotas que alijeran el peso de mi pena.

Hemos perdido aquí abajo, tus virtudes y tu notable inteligencia; Pilar, el inolvidable y tierno esposo; tus hijos, el mejor de los padres.

Yo, no sé cómo expresar lo que he perdido; sólo sé que no he de volver á encontrarte sobre la Tierra.

Me consuela una esperanza cierta; porque en el entendimiento humano no hay sitio más que para una verdad, y esa, la preveo y la siento.

MANUEL SCHEIDNAGEL.

CASINO MILITAR.

(Continuación)

El tiempo, fantasma impalpable que no hay mallas suficientemente finas para retenerle á nuestro lado y poder estudiar su esencia misteriosa, lleva sujeta á su invariable marcha la sucesión de los designios y de los hechos, de tal manera, que se convertirían en leyes fatales, si no dejaran en su evolución abundantes semillas, gérmenes de adelantamiento y de progreso. Y si no, decidme: ¿Quién hubiera dicho al Egipto y á la Grecia, que un Cambises destruiría sus ciudades y que los romanos harían provincia suya la cuna de la gran civilización antigua?

¿Quién, al ver luego pasearse triunfadoras las águilas romanas en manos de los Césares, por todo el Orbe conocido, que había de llegar un día, en que vándalicas ordas arrollarían sus ejércitos invencibles, y que aquellas águilas se verían obligadas á replegarse y á formar su nido en el último baluarte, en Constantinopla, perla única que les quedaba en las márgenes del Bósforo? ¿Ni quién le hubiera dicho al Imperio mahometano, señor de Constantinopla, de las playas africanas que baña el Mediterráneo, dueño de codiciada España, llenando las páginas de su historia con la gloria de sus Abderramanes, que, primero los Pelayos y los Carlos Martel, habían de detener su marcha victoriosa, y después, que un Boabdil espantado, había de convenir el abandono de su dominación en Occidente con la entrega de su más preciada joya, la sin igual Granada?

Mas si el Egipto y la Grecia mueren; y si Roma y el imperio Damasquino pasan llevándose el recuerdo de sus preclaras glorias, ¿desaparecieron sin dejar huella de su existencia? No, señores. Pues así como la estrella que al apagarse desde los cielos inmensos, nos manda con el último rayo de su luz el beso de despedida, que al cruzar los espacios contemplando las magnificencias de lo infinito, se entretiene y la vemos muchos siglos sobre nuestras cabezas, así de aquéllos astros al ocultarse quedó un rastro, quedó un destello, y ese rastro, ese destello, es la ciencia.

La ciencia, sí, que en su origen divino se aparta tanto de la aparente ley fatal de la existencia. La ciencia, sí, que reflejada y reflejándose en todas las cosas de la creación, en el aire, en el agua, en los mundos, en los soles, en los espacios, en la historia, en las artes, en el derecho, en el dogma, en la experiencia, viene á formar el gigantesco árbol de la civilización á cuya sombra crece, se desarrolla y perfecciona la humildad. La ciencia, sí, que á semejanza de las fuerzas físicas, que se transforman en calor, movimiento, electricidad, etc., se transforma á su vez en ciencia agrícola, físico-química, biológica, matemática, sociológica, teológica, etc., según el ramo del saber de que se ocupa, y en ciencia militar, cuando trata de la manera, del factor principal que han empleado todos los pueblos, para conseguir el afianzamiento de sus instituciones, de su bienestar, de su religión, de su reposo, de su progreso y de su civilización: ya sabréis á que factor me refiero, á la guerra, y si esta, tantos y tan grandes beneficios reporta, ¿quién se atreverá á negar la importancia de la profesión militar? ¿No resultará probado, que todo cuanto contribuye al estudio de la guerra y de su arte, es por necesidad de importancia y útil?

Los pueblos pasan, desaparecen después de llenar la misión que el Altísimo quiso confiarles; pero la ciencia no pasa, no muere, va con el tiempo, con la luz, con el movimiento, á paso tardo, sí, pero avanzando, empujada por aquellos que la cultivan y por lo tanto, por las sociedades que tienen por objeto el discutir sus hipótesis para deducir las síntesis, examinar los hechos para formar las consecuencias, deshacer errores para poseer la verdad. Mas no creáis, señores, que tengo el atrevimiento de suponer que hoy los Casinos militares, en absoluto, pertenecen á esas sociedades; no,

pero sí creed, que por lo que respecta á la ciencia militar, son el atrio de su progreso, el prólogo de su gran libro, la crisálida que ha de transformarse mañana en pintada y brillante mariposa. El Ejército, conociendo la importancia de su misión, no perdona medios con que arrebatar al arte de la guerra sus secretos, y los Casinos militares ya existentes y los que se creen con este fin, no son otra cosa que manifestaciones de este deseo. ¿Consiguen su objeto? Es innegable; pues á la vez tienden al esparcimiento, fuera de la escuela, de la academia, prescindiendo del procedimiento didáctico y empleando la forma amena y recreativa; regeneran por lo menos el espíritu militar y contribuyen á hacer agradable la profesión, en la que es preciso educar el corazón para sobrellevar las penalidades y el sufrimiento hasta el heroísmo, el alma para sonreír ante las decepciones de la fortuna, y la razón para adquirir virtudes y ser magnánimos con el desgraciado ó el vencido.

Dicho esto, la importancia y utilidad de los Casinos militares se patentiza. Las corrientes del progreso intelectual se imponen, y he ahí cómo el Casino militar de Manila, representación genuina de la patria en el extremo Oriente del mundo, siendo una necesidad para este Ejército, no crea nada nuevo, pero responde al progreso intelectual de una de las primeras clases sociales, de la noble, de la benemérita familia militar, y no es difícil prever que llenará todas sus aspiraciones, por cuanto, íntimamente ligados todos los elementos por un mismo deseo, no aspiran más que al bien y á la prosperidad de la Patria.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA

Según noticias llegadas recientemente de la Peninsula, ha fallecido el Sr. padre de nuestro querido amigo y colaborador D. Eduardo Rivadulla, á quien enviamos nuestro más sentido pésame.

Agradeceríamos mucho al Ayuntamiento que mandase regar la calle de Palacio, donde es tanto el polvo que se levanta á todas horas, que no hay vecino que no se lamente de ello.

No dudamos que la Corporación Municipal tendrá en cuenta esta queja, que es la de todo un vecindario.

A nuestro muy querido amigo, el ilustrado Gobernador civil de Ilocos Norte, D. Camilo Millán, dámosle las más sinceras gracias por la carta que nos ha remitido, en la que, si la modestia triunfa, bien se echa de ver que su autor tiene sobradas facultades para colaborar, no ya en nuestra Revista, que vale muy poco, sí que también en cualquier otra de mayores méritos que LA ESPAÑA ORIENTAL.

Ya lo sabe nuestro distinguido amigo.

Hemos recibido un ejemplar de la Memoria leída al Consejo de Administración del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Manila, por el Excmo. Sr. Dr. D. Manuel Marzano, Director gerente de dicho Establecimiento.

Damos las gracias al Sr. Secretario de Consejo por el ejemplar que ha tenido la bondad de remitirnos.

Entre amigos.

—De cada cien mujeres, ¿cuántas crees tú que debieran salir buenas?

—Noventa y nueve.

—¿Por qué?... Muchas me parecen...

—Porque, como dijo un célebre escritor, "las mujeres no serían coquetas, si los hombres no fuesen inconstantes."

—¿Quién ama más, el hombre ó la mujer?

—El que de los dos amantes tenga mejor imaginación.

—De modo que, según tú, imaginación es sinónimo de sentimientos... ¿Eres acaso materialista?

—No, chico; pero en cuestiones de amor, nada puede tanto como las creaciones de fantasía: todos los grandes poetas, han amado más, infinitamente más, que todos los grandes filósofos, bien que éstos no hayan sido ni meros racionalistas.—R.